

# Luis Seoane, *Homenaje a la Torre de Hércules*: un canto a Galicia desde el exilio

Luis Seoane, *Homenaje a la Torre de Hércules*: in praise of Galicia, from exile

Valiñas López, Francisco Manuel \*

Fecha de terminación del trabajo: junio de 2003.

Fecha de aceptación por la revista: noviembre de 2003.

C.D.U.: 74 Seoane, Luis

BIBLID [0210-962-X(2004); 35; 257-272]

## RESUMEN

En 1944 la editorial Nova de Buenos Aires publica el libro *Homenaje a la Torre de Hércules*, álbum de dibujos de Luis Seoane con prólogo de Rafael Dieste. Dos años después, el Institute of Graph de Nueva York y la Pierpont Morgan Library lo incluyen en su lista de los diez mejores libros de dibujos publicados en el mundo durante la década de 1935-1945. Estas páginas quieren ser un acercamiento a esa obra excepcional y, por desgracia, tan desconocida; un paso más en el conocimiento de un artista al que tanta atención debe la historiografía del arte español.

**Palabras clave:** Arte contemporáneo; Arte español; Artistas exiliados; Dibujo.

**Identificadores:** Seoane, Luis.

**Período:** Siglo 20.

## ABSTRACT

In 1944 *Homenaje a la Torre de Hércules (Homage to the Tower of Hercules)* was published by Nova in Buenos Aires, with a preface by Rafael Dieste. Two years later the Graph Institute of New York and the Pierpoint Morgan Library included the work in their list of the ten best books of drawings published in the world from 1935-1945. This paper is intended as an introduction to this exceptional, though little-known work, and attempts to further our knowledge of this artist, to whom the historiography of Spanish art owes so much.

**Key words:** Contemporary art; Spanish art; Artists in exile; Drawing.

**Identifiers:** Seoane, Luis.

**Period:** 20<sup>th</sup> century.

Pintor, grabador, dibujante, ilustrador de libros, poeta, dramaturgo, periodista, editor, crítico y teórico del arte... hasta abogado; todas estas cosas fue Luis Seoane y en todas destacó, sin que nunca, por tanto abarcar, apretara menos. Ejemplo de artista comprometido con la forma y con el hombre; cantor sutil de las ansias de un pueblo agotado; luchador

\* Departamento de Historia del Arte. Universidad de Granada.

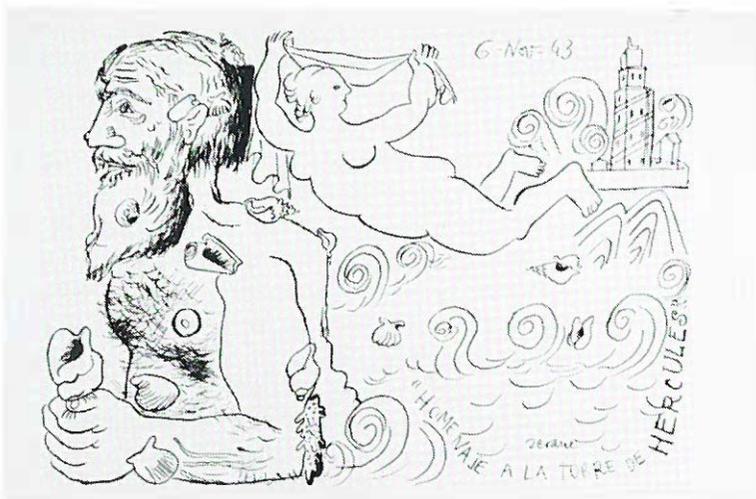
coherente e infatigable, entregado en cuerpo y alma a la defensa de su tierra y de su gente. En él, y no hay que ser melindroso al afirmarlo, encontramos una de las personalidades más ricas y sobresalientes de la cultura española del siglo XX y, por tantas trabas groseras que, mal que nos pese reconocerlo, somos incapaces de superar, también una de las más desconocidas. Es cierto que de Galicia brotan y a ella vuelven su arte y su vida; que de aquella tierra hizo su punto de partida y su meta; que en su lengua escribió la mayor parte de sus obras y que en su historia, paisajes y gentes acertó a hallar la musa eterna de su genio plástico, pero que nadie sea tan necio de no ver más allá que política estrechez, que patriotería cerrazón justamente confinada a los límites de su extremidad geográfica. Luis Seoane es un hombre de su tiempo, enfrascado en la lid redentora de lo que más amaba; y ello, al final, se traduce en un cúmulo de pasiones consustanciales con la propia naturaleza humana y, por lo mismo, comunes al hombre de todas las épocas y de todos los sitios. El impulso vital que alienta su obra es un compuesto de ansias universales imposible de retener entre las angostas márgenes de un solo país o de un solo tiempo, porque el deseo de libertad, la sed de justicia, el amor a la tierra y a los que de ella nacieron, no son privativos de nadie y a todos se ofrecen siempre compresibles. Quizá nos cueste llegar al fondo de sus poemas y textos, escritos en gallego y todavía no traducidos, por la inevitable zanja que obliga a superar una lengua desconocida, pero esta barrera no existe cuando nos acercamos a su producción plástica. El idioma que entra por los ojos llega a todos con voz recia y natural y aunque siempre hayan de quedar en el vaso de la obra de arte posos que no seamos capaces de apurar, al menos la impresión general del contenido y, desde luego, toda la sugestión de las formas, están prontas a dejarse atrapar y despertar la emoción más intensa.

El caudal de lo publicado sobre Seoane es importante, pero aún no hemos llegado a valorarlo con justicia<sup>1</sup>. Los no gallegos siempre hemos desconfiado de hallar genios por aquellas regiones y Galicia, el solar amado por el que tanto hizo, no ha sabido pagarle el favor ayudándose a sí misma, estudiando y transmitiendo su vida y su obra para convertirlo en la gran figura de su arte contemporáneo y darlo al mundo como un artista genial a la altura de Miró o de Tapes, no menos apegados que él al terruño de origen. Galicia ha sido tímida para empezar a pagarse de las glorias que brotaron de su suelo y, cuando por fin se ha decidido, a menudo ha sido bajo el prisma de un nacionalismo demasiado estrecho. Y no es la única que obra de tal manera. Cuántas piedras echaremos a nuestro tejado también los demás sin darnos cuenta de que ese no es el camino. Es lícito y hermoso amar la tierra y sentirse parte de su hecho diferencial, pero hay amores que matan; y de qué poco sirve andar por esas malhadadas veredas que tanto nos descarrilan al ocultarnos una personalidad genial. Una no, a cuántas más se ha condenado al olvido, a cuantas más se niega la memoria que por su obra merecen.

Lo más triste es que este olvido es mal que afecta a toda la historia del arte gallego y que, tanto los allí nacidos como los no, estamos en la obligación de curar. El tópico de la periferia sigue siendo fuerte, y como a estas provincias, a ese viejo y lejano finisterre, por su ubicación, a periférico no hay quien le gane, hemos olvidado que a lo largo de los siglos ha sido cantera de artistas y obras capaces de resistir la comparación con quien más felices se las prometa. La prehistoria y la antigüedad no pasaron de largo por Galicia; luego, la

edad media, con sus catedrales y grandes monasterios, fue más que fructífera y aunque el renacimiento no subiera de mediocre y discreto, sirvió de base a un barroco de los más exuberantes y mejor entendidos que produjo la Península, por más que tampoco haya sido reconocido en toda su magnitud: los nombres de Domingo Andrade, José de Peña Toro, Fernando Casas Novoa o Simón de Monasterio, se nos enredan en confusas marañas de torres y fachadas de conventos y la figura genial de Francisco de Moure parece condenada a no ocupar nunca el puesto que merece junto a Fernández y Montañés. El otro gran momento de la aportación gallega al mundo de las formas es el siglo XX. Guiada por la sinceridad de un Serafín Avendaño y habiéndose sacudido las polillas del falso regionalismo de Sotomayor, florece en Galicia una pléyade enorme de artistas dispuesta a asimilar los avances que proponen los nuevos tiempos y, sin renunciar a su carácter, ofrecemos magníficos alardes de progreso. Surge así la personalidad titánica de Castelao, el sentimiento nacional de Asorey, la fina sensibilidad de Maside, el genio ardiente de Seoane, la incitación renovadora de Fernández Mazas, la creatividad intuitiva de Colmeiro, la denuncia de Arturo Souto y el arte de tantos más, entre los que relucen los nombres de Virgilio Blanco, Otero Abeledo, Eiroa Barral, Frau y Ruiz, López Garabal, Julia Minguillón, Concha Vazquez, Luis Pintos y, por qué no, Maruja Mallo. Y esto sin salirnos de las artes plásticas, pues a la vez y junto a ellos, irían destacando en las letras las personalidades de Ánxel Casal, Ramón Otero Pedrayo, Ánxel Fole, Álvaro Cunqueiro, Ramón Piñeiro, Rafael Dieste o los propios Castelao y Seoane.

Aquellos eran tiempos de singular efervescencia, años de explosión de sentimientos que, desde muy atrás, se incubaban en el alma colectiva. El siglo XIX había visto nacer, crecer y, a veces, hasta triunfar, no pocos movimientos de signo nacionalista, afanados en conseguir ora independencias, ora unificaciones. Las mismas pulsiones anidaron en España, comenzando a proclamar con voz fuerte y clara catalanes, vascos y gallegos, y también algún que otro andaluz, las peculiaridades de su país, los rasgos diferenciales de su entidad histórica y racial. Luego vino el desastre 98 y, con él, la necesidad de redefinir España, de asimilar la nueva realidad de un viejo imperio caído a pedazos. Muchos defectos nacionales se van poniendo de manifiesto, a la luz de una voluntad renovadora bañada de cierto barniz amargo. Había que abrirse a los tiempos, al progreso, a Europa, pero sin perder de vista la propia singularidad, lo que nos hacía diferentes de ese mundo al que mirábamos y del que queríamos aprender la ruta a tomar. Empeñados en desentrañar la esencia del genio de la raza, intelectuales y artistas se lanzan a la pesquisa folclórica, describiendo los tipos, trajes, bailes, costumbres, que mejor parecían explicar la singularidad paisana y avanzando a grandes pasos, quizá sin proponérselo, hacia un regionalismo que no tardó en avivar el rescoldo centrífugo de los nacionalismos del XIX. Así, en 1916, nacen en Galicia *As Irmandades da Fala*, que pronto canalizan el sentir nacional e impulsan la defensa del hecho gallego, no sólo lingüístico, sino también económico y social. Pero el movimiento no prospera; la muerte del líder, Porteiro Garea, y el revés de las elecciones de 1918, demuestran estéril el esfuerzo político. A la cultura tocará entonces asumir el relevo. El arte y las letras estaban llamados a rematar lo que dejaron a medias los partidos, y a fe que lo hicieron a las mil maravillas. «Publicase a Revista *Nós* —órgao da cultura galega— ... Créase a editorial *Céltica* no Ferrol, a *Lar* na Coruña e a *Nós* en Compostela. Publicanse



I. «Frente al mar, frente a los vientos, en quietudes de olvido y de inminencia...» *Homenaje a la Torre de Hércules*, dibujo 1.

época»<sup>17</sup>; y refiriéndose a sí mismo: «Eu tento atopar los medios de expresión axeitados ó meu modo de ser e ó meu desexo: mais poñéndome sempre, deliberadamente, no punto de vista da nosa época, do presente en que vivimos»<sup>18</sup>; «pero o asunto da miña obra son sempre personaxes galegos, da montaña ou do mar, e emigrantes»<sup>19</sup>. Las formas deben brotar de la realidad más inmediata y de la pasión más pura, de lo que se puede ver, tocar y sentir, «penso —dirá— que non existe natureza ningunha que fique fóra do artista e do home en xeral; que non hay necesidade interior que non estea apoiada por ela ou nela»<sup>20</sup>. El arte ha de interpretar lo que nos rodea y debe hacerlo con medios sencillos que a todos sea dado comprender, con formas y técnicas que antes reclamen un muro en la calle que una moldura dorada en un salón burgués. «A miña pintura componse de medios elementais e de cores fortes e vivas. Acentúo as formas para resalta-lo seu carácter expresivo e coido que elas collan importancia por si mesmas, independentemente de cada valor e de cada cor. Procuo facer unha pintura chá, mais fuxindo de caer no falso primitivismo, así e todo trato de facer esa pintura chá, construída, de forte carácter expresivo. Fluxo das facilidades manuais e dos «acentos» artísticos, así como tamén desa pintura triste, sucia e xurdida do esfregado que poderíamos chamar... existencialista. Empleo valores abstractos na miña pintura figurativa, pra conseguir novas posibilidades expresivas da miña imaxe artística da realidade. Trátase ... de que con liñas e cores fagamos xurdi-lo cuadro dun plano; mais, no meu caso, tento facelo ... coa maior pureza de medios»<sup>21</sup>.

Luis Seoane demuestra además un encendido amor a los libros, en tanto que vehículos de difusión de la cultura y el arte y por su valor en sí mismos, como objetos preciosos. El olor a tinta le era familiar desde sus tiempos de estudiante en Santiago, por aquellas largas tardes que pasó junto a Ánxel Casal en la imprenta, casi legendaria, de la rúa del

El arte tiene que ser «significativa do home do noso momento vital, coma a arte do pasado foi dos homes, das necesidades e dos azos doutros tempos. Non se trata de que reste para o porvir, como noticia dos nosos días, como documento para o que tanto pode servir como non a obra de arte; interesa que sexa expresión do drama do home desta época, do momento en que lle toca vivir, e que sexa espello —coma sempre ocorreu— da loita do artista por se expresar con relación ás formas da

Villar<sup>22</sup>. Pero no será hasta su llegada a la Argentina cuando tomen verdadero cuerpo esas inquietudes. «Desde que Luís puso o pe no peirao de Bos Aires, viviu facendo libros como calqueira de nós vive respirando»<sup>23</sup>. Y en especial, a partir de la fundación de la editorial Nova, en 1943. Su objetivo, más cultural que mercantil, era continuar la publicación de obras literarias gallegas iniciada en Emecé, pero con un afán que trascendiera lo puramente comercial

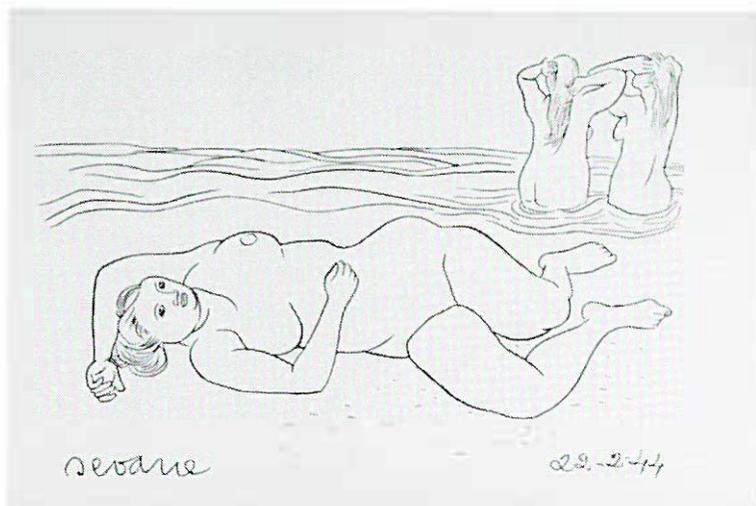
para allegarse a lo artístico, a la obra cuidada, artesanal, tratada en su justa medida, sin el engorroso envoltorio de pesadas encuadernaciones. Libros sencillos, cuyo atractivo formal residiera en la poética sinceridad del papel, de la tipografía, de las ilustraciones y marcas editoriales, casi siempre realizadas o dirigidas por Seoane. Se buscaban además tiradas cortas y numeradas que aumentarían el carácter de objeto manual, precioso y cercano de esos libros, auténtico tesoro de la bibliofilia moderna.

El propio Seoane estrena a lo grande sus prensas con la publicación en mayo de 1944 del *Homenaje a la Torre de Hércules*, álbum de dibujos impreso al cuidado del exiliado italiano Attilio Rossi, encargado de la parte gráfica de la editorial Losada. Se diseña en formato mayor que el folio<sup>24</sup>, cuidadosamente presentado en rústica, sobre papel *offset cromo*, con esmerada tipografía de corte renaciente a dos tintas, negra y roja para las capitales. Aparece en edición de 400 ejemplares venales numerados, más otros 34 fuera de comercio. Los trabajos se llevaron a cabo en el obrador de la famosa imprenta López, tan entrañable para tantos gallegos conocedores de su historia, en el 666 de la calle Perú, de Buenos Aires.

Tras una página de respeto y la portadilla, la portada destaca por la claridad de sus grandes letras clásicas<sup>25</sup>. Sigue el encendido prólogo de Rafael Dieste<sup>26</sup>; cuatro páginas de barroca oratoria, de poética prosa llena de alardes verbales. Un hermoso canto en honor de la tierra amada, de la tierra madre de la que el destino les aparta. Un canto al mar, al océano que sustenta y mata a tantos hombres del país; un canto a la mujer, virgen o matrona, que trabaja y sufre a la orilla de aquel mar o en los campos de tierra adentro; un canto a la belleza, a la garrida majeza autóctona que no sabe de cánones; un canto a la Galicia brava, mítica, endiosada, que recuerdan los corazones del exilio; y un canto a Seoane, al amigo querido, al «capitán grumete» de la nave gallega en los mares del destierro. Enseguida, tras



2. «Cando saia do inferno, / ¿saberei navegar?» *Homenaje a la Torre de Hércules*, dibujo 4.



3. «A beira do mar é un lugar cheo de encantos pra ialma cansada das loitas da vida». *Homenaje a la Torre de Hércules*, dibujo 7.

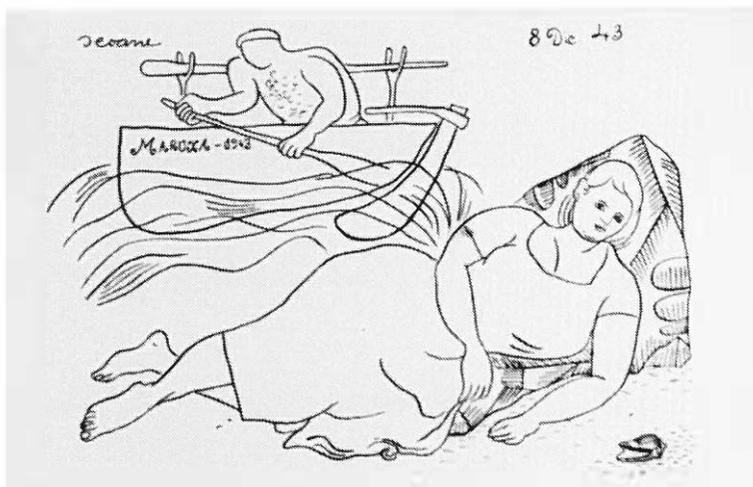
el acordado son de estas palabras, una dedicatoria que es toda una declaración de intenciones: «a Carlos Maside<sup>27</sup>, Ángel Fole<sup>28</sup>, Plácido R. Castro<sup>29</sup>, Luis Manteiga<sup>30</sup>, Aquilino Iglesias Alvariño<sup>31</sup>, con nostalgia». Seoane presenta un canto a Galicia dedicado a unos cuantos de los queridos amigos que tanto hicieron por ella. La elección de los nombres no es en absoluto casual, en ese recuerdo emocionado hay algo más que una demostración de cariño: hay una exigencia

muy clara; ninguno de los amigos aludidos estaba en el exilio, de un modo u otro, su pensamiento, sus cuadros, sus textos, abiertamente nacionalistas, de izquierdas, y republicanos, habían pasado inadvertidos durante las dolorosas jornadas de la Guerra y la represión inmediata, y ahora ellos permanecían en Galicia. Si el destino les había concedido tal merced no era para que la desaprovecharan, ellos habían de continuar en su tierra la labor a que los otros se empleaban en cuerpo y alma desde América. No era fácil, claro que no, pero demasiadas cosas dependían de ellos, y eso es lo que les recuerda Seoane al nombrarlos y remarcar su nostalgia.

Dos años después de su aparición, en 1946, el *Homenaje a la Torre de Hércules* obtiene el reconocimiento internacional, al producirse ese hecho tantas veces citado por la crítica: la inclusión del álbum, por parte del Instituto de Artes Gráficas de Nueva York y la Pierpont Morgan Library, entre su lista de los diez mejores libros de dibujos publicados en el mundo durante la década de 1935 a 1945; depurada relación en la que también figuraban las ilustraciones para la *Historia Natural* del conde Georges Buffon, el célebre escritor y naturalista francés del siglo XVIII, realizadas al aguatinta por Picasso a petición de Ambroise Vollard, que por su repentina muerte en 1939 no pudo verlas terminadas.

El libro de Seoane está compuesto por 49 dibujos, los 32 primeros en formato apaisado y los 17 restantes en vertical. Entre los primeros figuran 16 dibujos realizados durante los meses de noviembre y diciembre de 1943, más otros 3 entre los segundos. Los 30 dibujos restantes se llevaron a cabo en enero, febrero y marzo de 1944. Todos ellos están firmados y fechados, indicando día y mes, y media docena lleva además título. Aparecen distribuidos en el libro sin atender a la cronología y sin ningún tipo de orden aparente, aunque vistos con detenimiento es posible detectar una sucesión cíclica de los temas. Así, muy a grandes rasgos, podríamos decir que las 13 imágenes primeras hablan de la Galicia del litoral,

contemplada desde una óptica ya realista, ya poética, quedando algo descolgada la ambigua escena representada en la núm. 12; a continuación nos encontramos con 14 dibujos (14-28) referidos a las labores y las gentes del campo, identificándose, incluso algún lugar concreto del interior, como en la núm. 18, titulada *El pastor de Arzúa*; entre la 29 y la 37 las imágenes vuelven a mirar a la costa, hasta que interrumpe su discurso un pequeño grupo, sólo 3 (38-40), de escenas campesinas de interior; seguidamente, la núm. 41 recupera la fijación marinera, para mantenerla ya hasta el final (41-49).



4. «...pero en su barco es almirante, y aquí, ante ella, almirante descalzo». *Homenaje a la Torre de Hércules*, dibujo 8.

La primera cosa que nos chocará, a buen seguro, es no encontrar por parte alguna la torre de Hércules. Después de ojear todos los dibujos, quizá la veremos, medrosa, en un rincón del primero, del que sirve de portada a la serie. Allí está «frente al mar, frente a los vientos, en quietudes de olvido y de inminencia, perdida la cuenta de perlas y azabaches, de tinieblas y auroras de su edad, moza de puro vieja»<sup>32</sup>. Allí está el faro sobre su peña valiente, con el envoltorio neoclásico que la Academia dio a sus antañonas piedras. La torre inmortal, el blasón coruñés, arca de leyendas, meta de viajeros y musa de tantos sueños poéticos. Pero, entre las manos de Seoane, la torre pierde su granítica materialidad, su entidad servil y monumental; la torre deja de ser faro del mar para ser faro del mundo, deja de ser una parte emblemática para convertirse en un todo supremo, abandona su realidad temporal para asumir la calidad de lo eterno. La torre deja de ser torre para convertirse en roca, en obra de Dios y no del hombre, de la naturaleza y no del ingenio. La torre deja de ser torre para ser Galicia, para alzarse en digna metáfora de un país, de una tierra, de una gente, de una historia, de un pueblo. El *Homenaje a la Torre de Hércules* no es elogio de una obra de arte, rancia en su edad y mediana en sus méritos, es un canto a Galicia toda: a las fragas verdes, a las gándaras desiertas, a los prados limpios, a los montes pardos, a la tierra negra, a los caminos tortuosos, a la piedra enmohecida, a los robles centenarios, a los ríos cristalinos, a la costa quebrada, al mar bravío, a la patata eterna, a los campesinos recios, a los pescadores valientes, a los barcos esclavos de las olas, a los hombres esclavos del trabajo, a las leyendas de brujas, *mouros*, trasgos y *vigairos*... a la madre desamparada. Todos los dibujos nos hablan de Galicia, Galicia, siempre Galicia, la tierra amada de origen que aflora a cada momento llena de pureza, de brío labriego, de osadía marinera, de fresca



5. «Prados, campos, soutos e searas de patacas e millo». *Homenaje a la Torre de Hércules*, dibujo 16.

lozania popular que trasciende todos los rostros y todos los paisajes. Una región legendaria que trabaja silenciosa, abierta a los azares de la tierra y el mar. Una Galicia fuerte, hermosa, bañada por una extraña melancolía, por una desconocida inquietud, calma, callada, pero siempre en superficie. El país dibujado no es la Galicia real de después de la Guerra, no es la tierra dolida por tantos horrores, privada de tantos hijos y desesperada en la agonía de la ilusión caída. Es la tierra

inmortal de la memoria, un tierno espejismo, un recuerdo agridulce, la *lembranza* emocionada del solar abandonado a la fuerza, del hogar perdido para los sentidos y reconstruido en la mente con la fuerza de una obsesión y la liviandad de un sueño. Es la Galicia recordada por quien, amándola, se encuentra lejos de ella y le construye pedestales que para sí los envidiaran los dioses de la gentilidad.

Nos encontramos ante una melodía nostálgica, ante una canción hecha de remembranzas, una galería de mitos que, cual bebida dulce de amargos posos nos invita a catar Seoane. Tres son las líneas temáticas esenciales a que responden los dibujos: el mar, la mujer y la tierra. Tres temas que resumen Galicia, su realidad y su leyenda, el ansia y la vida de sus gentes. El mar está presente desde la primera imagen, el mar amable, el mar inmenso, el mar fiero. El mar es muchas cosas; es pretexto de rancias quimeras, hogar de *vigairos* y nereidas, maraña misteriosa de corrientes, mosaico de conchas y criaturas, inmensidad incomprensible al hombre. El mar es imán de la belleza, bazar del sosiego. «A beira do mar é un lugar cheo de encantos pra ialma cansada das loitas da vida»<sup>33</sup>. El mar significa orillas adornadas de mozas desnudas al sol y al agua; de hombres desnudos con el vello refulgente de cristales de sal y arena; de parejas amantes que revelan sus juegos a las olas, a las conchas, a las gaviotas. El mar es también mina de peces y panteón de pescadores, oratorio de mujeres que aguardan en la costa al esposo que navega, al hombre que lucha «sin más ayuda que su barco y el azar del mar, pero [que] en su barco es almirante, y aquí, ante ella, almirante descalzo»<sup>34</sup>. La costa es el balcón al que se asoma Galicia y el mar, el llano infinito en que se pierde su vista; el mar es el camino que tomaron los que fueron al exilio, el mar, pozo de sus lagrimas errantes, es lo que se interpone entre ellos y la tierra madre y, al mismo tiempo, es la esperanza del regreso: el que fue camino de ida, habrá de serlo

también de vuelta; pero, cuándo llegará ese día en que termine la angustia, en que se venza la impotencia, en que se apague la incertidumbre que martillea las sienes con una pregunta: «cando salga do inferno, ¿saberei navegar»<sup>35</sup>, o habré olvidado ya los caminos de mi juventud?

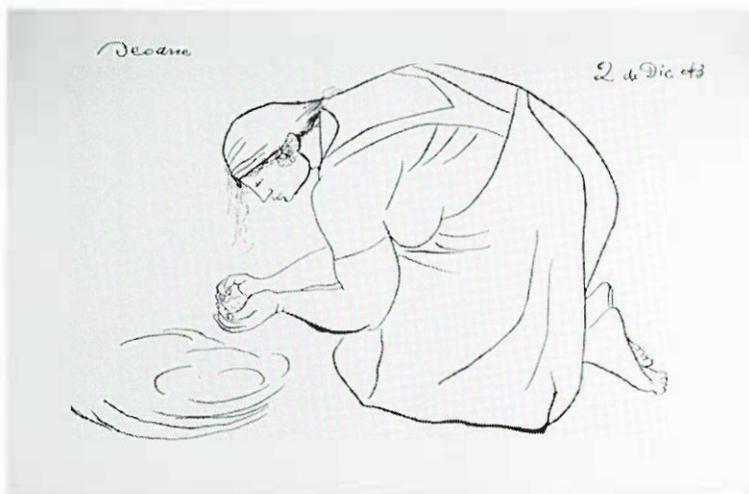
El *Homenaje*, ya lo anuncié, es también un cantar de tierra adentro, un cantar de montes, gándaras, fragas, hombres y lobos; «prados, campas, soutos e searas de patacas e millo»<sup>36</sup>.

Un canto a la tierra, tantas veces ingrata, que con sudor se riega para obtener fruto exiguo; canto de hoces y azadas, de guadañas y angazos, de castañas y nabizas, de tierra negra y mala yerba. Canto de segadores temporeros que salen cada verano a los llanos de Castilla; de labriegos aldeanos que de estío desentierran patatas y cebollas; canto de espigas raquílicas mal granadas en el arenoso suelo; de frutas espontáneas con que llenan las niñas sus mandiles; canto de hombres y mujeres llanos que, sin temor al trabajo, arañan los terrones; de gente acostumbrada a la naturaleza salvaje, de campesinos que no saben de «llanuras ni tierras ociosas. Gente honesta que no desdeña el vino nuevo ni las costumbres antiguas»<sup>37</sup>. Un recuerdo amargamente dulce de tantos aldeanos sufridos, de tantas gentes condenadas a la dura vida del agro hostil, de la «terra brava de lobos e águias; terra outa de fragas e devesas»<sup>38</sup>, canto real y, al mismo tiempo idealizado de la existencia en el campo, interpretado muy al margen de aquel inmenso dolor y humor acre de Castela; lo que vemos aquí, en los dibujos de Seoane, son campesinos inmortalizados con la solemnidad de un icono, con orgullo paisano y admiración sincera.

Y por encima del mar y de la tierra, la mujer, constante esencial de toda la obra artística y poética de Luis Seoane y protagonista absoluto del *Homenaje a la Torre de Hércules*. La mujer, la mujer universal, madre, esposa, amante, amiga; la mujer gallega, ternura, valentía, soledad, trabajo. Junto a ese poético panegírico de Galicia, el autor nos ofrece una alabanza, no menos apasionada, de sus hembras. Un agasajo doble: a la mujer ideal, bella, deseada, apátrida e intemporal, y a la mujer conocida, sentida, respetada, a la hija de la tierra y del esfuerzo, a la sacrificada matrona que con el pintor comparte su sangre gallega. Seoane nos ofrece mujeres deleitosas de amable redondez, desnudos de formosa generosidad, de bizarra corpulencia, que mojan en el mar su singular belleza, la gracia lugareña de sus rasgos; mujeres que son recuerdo depurado de una Galicia echada en falta, ajenas al



6. «Terra brava de lobos e águias; terra outa de fragas e devesas». *Homenaje a la Torre de Hércules*, dibujo 19.



7. «Tecin soia a miña tea / sembrei soia o meu nabal / soia vou por leña o monte / soia a vexo arder no lar». *Homenaje a la Torre de Hércules*, dibujo 25.

dolor, a la pobreza, al silencio; mujeres que son trasunto de lo más bello y amable de la tierra, de las gracias añoradas en el exilio. Y junto a esas idealizadas sombras, la mujer concreta, la que sola soporta el peso de la casa y la labor, privada del cariño, la compañía y la ayuda del hijo, del marido o del padre que les arrebató el mar, el Rey o el Caudillo; que pereció en Cuba, en Marruecos o en la misma España; que salió de Galicia en busca de un Dorado ficticio y que, de vez en cuando, escribe, a

duras penas, desde la otra orilla del mar. Vemos a la mujer que se asoma a la playa, no como las otras, para enseñar al sol sus encantos, sino para arrancar de la arena el pan de sus hijos; para esperar en la orilla la barca del esposo y respirar viendo que, esta vez, no se lo han tragado las olas; a la mujer que espera a su almirante, capitán de ese barco que se llama *Maruxa*, igual que la mujer de Seoane y que la de tantos gallegos. Vemos también a la mujer del campo, a la que sola se enfrenta al huerto y al corral, sin compadecerse, cantando como aquella mujeruca de Rosalía: «Tecin soia a miña tea/ sembrei soia o meu nabal/ soia vou por leña o monte/ soia a vexo arder no lar»<sup>39</sup>; mujeres con las manos deformadas por el trabajo, con las uñas negras de tierra y la espalda doblada por el cansancio. Y en la playa o entre los maizales, las mujeres que gobiernan el hogar, mujeres que huelen a despensa y sábanas de lino, «mujeres que nos recuerdan los ajos y las avellanas, tutoras de la casa, con sus arcones y ratones»<sup>40</sup>. Mujeres que ciernen el grano en el suelo de la cocina, que sentadas en un banquillo pelan cada día la fiel patata del gallego, en una pose que más de una vez asomará a la obra de Luis Seoane<sup>41</sup>. Mujeres curtidas, cansadas, que habiendo visto el sufrimiento y la muerte esperan en silencio su propio reposo.

Narra el autor esta epopeya con los medios más sencillos de que dispone, con trazos negros, limpios, que dan vida al blanco soporte del papel. Huye del color, de la perspectiva y hasta del volumen. La línea es el único elemento de que se vale para crear la forma y, en un par de dibujos, modular, con más pena que gloria, las luces. Las líneas definen cuerpos turgentes de mujeres fuertes, rostros de ojos lánguidamente claros; pechos fuertes de hombres garridos, de barba recia y viril pelambarrera, de sólida desnudez cubierta a medias por las olas. Él mismo hablará de esta economía en alguna ocasión,

recordando, muchos años después, estos dibujos: «A mín interesoume a figura humana e por esas datas intentaba dar unha versión de Galicia despoxada de convencionalismos e intemporal... onde se amosaban personaxes en coiro, ou vestidos con roupas sinxelas que nada teñen que ver cos traxes máis coñecidos dos últimos séculos e tampouco cos que vestía o pobo na década do trinta, cando saín de Galicia»<sup>42</sup>. Son dibujos que se apartan mucho, tanto por esa sencillez formal como por su



8. «...mujeres que nos recuerdan los ajos y las avellanas, tutoras de la casa, con sus arcones y ratones...» *Homenaje a la Torre de Hércules*, dibujo 27.

nostálgico lirismo, de las composiciones, mucho más elaboradas, realistas y caústicas de las *13 Estampas de la traición* (1937) o del *Fardel do eixilado* (1952). Aquí importan poco los detalles, lo que interesa es la esencia de una realidad inmortal, de una Galicia única, libre de peculiaridades comarcales, un solo mito compartible por todos los que lo aman y capaz de llegar a quienes lo desconocen. Por eso mismo evita el protagonismo excesivo del paisaje, para mantener los lugares envueltos en un halo abstracto que desaparecería al mostrarlos identificables; sabemos solamente que son paisajes de Galicia, montes solapados que no dejan descanso a las piernas ni a la vista, riachuelos cantarines que se golpean contra las rocas, costas quebradas abiertas al mar infinito.

La sombra de Picasso parece clara en muchos de estos dibujos; el modo de representar estilizadas las líneas de la figura humana, en dibujos como el titulado *Las segadoras*, o la tendencia cubista que se aprecia en muchos otros, como el núm. 17, demuestran una deuda con el arte del malagueño, al que tantas veces menciona en sus textos. También es evidente la relación con el Picasso de la *Suite Vollard* y, por las mismas, por esa serenidad monumental que caracteriza ambas obras, con el arte mediterráneo de Maillol y el más rico en masa de Bourdelle, sobre todo en los cuerpos generosos, macizos de las mujeres que, respondiendo al tipo autóctono de la tierra, son arquetipos de validez universal en occidente. El clasicismo, por último, se hace presente en la mayor parte de los dibujos con una insistencia chocante; es eternidad clásica lo que hay detrás de los personajes sacralizados que aquí se representan; hermosa solidez tomada, unas veces, directamente del mundo antiguo y, otras, de la tradición renaciente y manierista. Hay además una búsqueda perenne de la belleza, hallada al margen de los cánones, en la realidad recordada de la Galicia madre.

Esto es el *Homenaje a la Torre de Hércules*, canto a un país, a unas gentes, a un dolor y a unos anhelos. Magna obra olvidada del gran patriarca de la cultura formal de la Galicia contemporánea. No se merecen el autor, ni su obra, ni tampoco ninguno de nosotros, que esas páginas brillantes del arte español se apulguen en húmedas bibliotecas y solitarias salas de desconocidos museos. Hora es de derribar el muro de los tópicos absurdos, de los politicismos nauseabundos que al final no favorecen ni a los de dentro ni a los de fuera y que condenan al artista y su memoria a inmolarse en los altares de una fama torcida, tendenciosa y mediocre que repele a los que por vez primera oyen su nombre o se acercan a su obra. Luis Seoane es un artista íntegro, completo, genial; un hombre de su tiempo que hace avanzar el arte indagando en las nuevas posibilidades de la forma, pero cuidándose mucho de caer en la experimentación absoluta, en la poesía pura y desarraigada; él quiere que su arte sea transmisor de ansias colectivas, de ensueños que trascienden la pequeñez del hombre y el paso acelerado del tiempo; que sea estandarte de unos ideales que superan, de generación en generación, la cortedad de los años, de los días que hacen la vida y traen la muerte.

## NOTAS

1. Bellísima es la pionera monografía de Tomás Alba Negri, *Luis Seoane* (Buenos Aires: Academia Nacional de Bellas Artes, 1981); junto a ella hemos de recordar el documental *Seoane: peregrino del tiempo*, dirigido por Bárbara Bustamante y Esteban Sor (Buenos Aires: Gemma Micheli, 1993); así como la síntesis de su trayectoria recogida en la enciclopedia *Galicia* (La Coruña: Hércules, sin año), realizada por José Manuel López Vázquez (v. XV, pp. 288-294), Antón Castro Fernández (v. XVI, pp. 48-50 y 113-117) y Bernardo Castelo Álvarez (v. XVI, pp. 236-238). Más recientemente destacan obras como SANTORUN ARDONE, Ana y Marcela. *Luis Seoane, o alquimista*. Sada: do Castro, 1998, con aportaciones sobre su pintura y obra literaria, o RODRÍGUEZ PÉREZ, María Antonia. *Emigración, arte y exilio: el viaje a España de Luis Seoane en 1963 a través de la prensa. Análisis de contenido*. Santiago de Compostela: Centro de estudios de población y análisis de las migraciones, 2001, entre otras muchas que irán apareciendo a lo largo del texto.

La mejor aportación viene dada por los catálogos de las exposiciones de su obra, destacando: *Seoane. Exposición itinerante*. Madrid: Dirección General del Patrimonio Artístico, Archivos y Museos, 1977; *Luis Seoane. Mostra antolóxica*. La Coruña: Xunta de Galicia, 1989; *Luis Seoane (1910-1979)*. París-La Coruña: Centre Culturel Espagnol, Museo de BB. AA. de La Coruña, 1991. De especial interés son los catálogos de las recientes muestras paralelas *Luis Seoane. Pinturas, debuxos e grabados, 1932-1979*. Santiago de Compostela: C.G.A.C., CaixaVigo e Ourense/ Fundación Luis Seoane, 1999, que ofrece una acertada visión de conjunto de su producción, y *Luis Seoane. Grafista*. Valencia: I.V.A.M., C.G.A.C., Generalidad Valenciana, 2000, excelente recorrido a través de su obra como diseñador gráfico, ilustrador y editor. También *Escritura grabada. Xilografías de Luis Seoane*. La Coruña: Fundación Luis Seoane, 2000. Entre los muchos catálogos de exposiciones colectivas que se podrían citar, merece la pena recordar *Arte argentino contemporáneo*. Madrid: Ministerio de Educación y Ciencia, Dirección General del Patrimonio Artístico y Cultural, Museo Español de Arte Contemporáneo, 1976; *Ausencias: fragmentos da Arte Galega no século XX*. La Coruña: Diputación, 1993; *Colmeiro, Souto, Laxeiro, Seoane. Catro renovadores da arte galega*. Santiago de Compostela: Consorcio da Cidade, 1993; *Desnudo: el arte gallego entre dos generaciones, 1870-1920*. La Coruña: Manuel Colmeiro/ VEGAP, 1994; *Fundación CIEC. Exposiciones 2001-2002*. Betanzos: Centro Internacional de la Estampa Contemporánea, 2002.

2. R. CASTELAO, Alfonso Daniel. *Sempre en Galiza*. Buenos Aires: As Burgas, 1961, p. 107.

3. SEOANE, Luis. «O día do plebiscito da Autonomía Galega». *Galicia Emigrante* (Buenos Aires), 21 (1956), nota editorial.

4. Está reproducida en *Os 175 dibuxos de Castelao da Caixa de Aforros de Santiago*. Santiago de Compostela: Caja de Ahorros de Galicia, 1976, con estudio preliminar de José Filgueira Valverde. Sin paginar.
5. Se publicaron seis números entre 1932 y 1934. Además de Seoane y Fole, colaboraron aquí Luis Manteiga, Arturo Cuadrado, Martínez Barbeito, Santiso Girón... en diciembre de 1933 publica, por primera vez, los poemas en gallego de Federico García Lorca.
6. Nacida en 1932, estaba formada por hojas que se repartían gratuitamente en la calle. Aparecieron 10 números en Santiago, más 1 en Lugo, ya comenzada la Guerra, por iniciativa de Fole, y dos más en Buenos Aires, gracias a Seoane.
7. Para él realizó una buena serie de portadas grabadas al linóleo.
8. Junto a Arturo Cuadrado, en 1946. Se destina a la publicación de obras de jóvenes poetas. Fue su empresa editorial más dilatada. En ella aparecieron obras como *El perro andaluz*, de Dalí y Buñuel; *La voz humana*, de Jean Cocteau, o *El ceñidor de Venus desceñido*, de Rafael Alberti.
9. Nacida en 1957 y organizada en cuatro colecciones sobre temas gallegos.
10. Revista mensual de ideario popular, republicano y autonomista, fundada y dirigida en solitario por Seoane. Aparecieron 37 números entre 1954 y 1959, para ellos desarrolló el autor una importante labor de diseño gráfico y una bellísima colección de portadas. Tuvo un trasunto radiofónico que se emitió desde 1954 hasta 1971.
11. El *Laboratorio de Formas de Galicia* nace en Argentina en 1968 bajo los auspicios de Seoane y Díaz Pardo, para impulsar el desarrollo cultural de Galicia. El manifiesto fue publicado en 1970 en el n. 1 de su revista. De él proceden la mayor parte de los diseños actuales de la fábrica de Sargadelos.
12. Revista de seis páginas en papel de color que trataba de rescatar tanto el espíritu de *Resol* como el de *Galicia Emigrante*. Sólo se publicó el primer número, en 1970.
13. GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, Helena. *Luis Seoane: Vida y obra*. Vigo: Galaxia, 1994, p. 11. Aborda tan sólo la producción literaria de Seoane.
14. SEOANE, Luis. «Unha arte da terra». *Alento* (Santiago de Compostela), 3. Rfr. BRAXE, Lino y SEOANE, Xavier. *Luis Seoane, textos sobre arte*. Santiago de Compostela: Consello da Cultura Galega, 1997, p. 15.
15. De una entrevista a Isaac Díaz Pardo. Rfr. PEROZO, Xosé A. (director). *Voces en Compostela*. Santiago de Compostela: Consorcio da Cidade, 1993, p. 128.
16. Queda clara la importancia del marxismo en el ideario de Seoane.
17. SEOANE, Luis. «Anotacións sobre a creación artística». *Grial* (Vigo), 2 (1951). Rfr. BRAXE, Lino y SEOANE, Xavier. *Luis Seoane, textos...*, p. 25.
18. *Ibidem*, p. 27.
19. De una carta de Seoane a Maside con fecha del 23 de febrero de 1954. Véase NÚÑEZ RODRÍGUEZ, Manuel (editor). *Luis Seoane. Textos inéditos*. Santiago de Compostela: Universidad, 1990, p. 96.
20. BRAXE, Lino y SEOANE, Xavier. *Luis Seoane, textos...*, p. 29.
21. *Ibidem*, p. 29.
22. La imprenta de la editorial *Nós*.
23. DÍAZ, Xosé. «Luis Seoane: algo máis que o artífice da moderna gráfica galega». En: *Luis Seoane e o libro galego na Arxentina (1937-1978)*. X. L. AXEITOS y X. SEOANE. Eds. A Coruña: Diputación, 1994, p. 29.
24. 36,5 x 51 cm.
25. Reproducida en *Luis Seoane. Grafista*, p. 80.
26. Gallego de origen uruguayo, hermano de Eduardo Dieste. Nació en Rianxo en 1899. Hombre preocupado por la poesía, la filosofía y la estética, gran investigador del teatro. Fue jefe de equipo en Misiones Pedagógicas y el creador de su teatro de guiñol.
27. Cumbre de la pintura gallega del siglo XX. Natural de la parroquia de Valga, Pontevedra (1897). Becado por la Diputación de Pontevedra en 1926 pudo ampliar su formación en París y Munich, en pleno contacto con la Vanguardia. Afín al expresionismo y genial colorista; abogó siempre por un arte figurativo de fuerte compromiso con Galicia.
28. El famoso escritor lucense (1903-1981), alma de la revista *Yunque*, autor de libros tan famosos como *A lus do candil* (Vigo: Galaxia, 1952), *Terra brava. Contos da solaina* (Galaxia, 1955) o *Contos da néboa* (Vigo: Castrelos, 1973).

29. Plácido Ramón Castro del Río (1902-1967), interesante intelectual y pintor gallego, estudioso del arte celta, formado en Inglaterra. Con la Guerra fue deportado a 100 km de la Coruña, donde vivía. Establecido en Vigo, traduce al gallego varios textos poéticos irlandeses y trabaja de locutor para la BBC. Representó a Galicia en la Reunión de Intelectuales Regionales de los Países Europeos (Berne, 1935) y a España en la V Conferencia de Ministros Europeos de Educación.
30. Natural de Santiago (†1949). Hombre de condición humilde y muy culto, aunque no consta que hiciera ni el bachillerato. Famoso por sus siete ensayos paisajísticos de agria denuncia social (*Oca, Camariñas, Fisterra, Muxía...*). Colaboró con *Yunque* y *Nós*. Finalista al Nadal en 1945 por *Zambulón, mundo cerrado*.
31. Aquilino Iglesia (San Xoan de Vilarente, Lugo, 1909), es un magnífico poeta de rico lenguaje gallego y fina sensibilidad para lo rural. Es autor de libros como *Señardá, Corazón ao vento* y, sobre todo, *Cómaros verdes*.
32. Del prólogo de Rafael Dieste para el *Homenaje a la Torre de Hercules*.
33. Del poema *O mar señor*, de Francisco Javier Sánchez Cantón. Rfr. FILGUEIRA VALVERDE, Xosé. *Obra en galego de Francisco Xavier Sánchez Cantón*. Pontevedra: Bibliófilos galegos, 1991, p. 25.
34. Del prólogo de Rafael Dieste.
35. Del único poema conocido en gallego de Lorenzo Varela; publicado por Seoane y Varela en VV.AA. *Homaxes*. A Coruña: Cuco-Rey, 1979.
36. De *O corpo do delito*. FOLE, Ánxel. *Terra brava*. Vigo: Galaxia, 1955.
37. FERNÁNDEZ FLÓREZ, Wenceslao. *El bosque animado*. c. 1, *La fraga de Cecebre*. He usado la edición de Espasa Calpe, 1965.
38. De *Terra do Caurel*. FOLE, Ánxel. *A lus do candil*. Vigo: Galaxia, 1952.
39. De *As viudas dos vivos, as viudas dos mortos*. Rosalía de CASTRO. *Follas novas*. He seguido la edición bilingüe de Akal, 1994.
40. Otra vez, del prólogo de Rafael Dieste.
41. Recordemos su famoso cuadro *Debullando patacas*, de 1950, conservado en la Fundación Luis Seoane de La Coruña.
42. SEOANE, Luis. *Un feixe de debuxos case esquecidos*. Rfr. BRAXE, Lino y SEOANE, Xavier. *Luis Seoane, textos...*, p. 399.